Martha Hellion

edición limitada



Entra Hellion en El Eco: engabardinada, bota alta de un tono ébano, paso firme pero como buscando en sus obras altas, como paseando en un bosquecito, en las paredes del vestíbulo, en las telas colgantes a lo lejos, algo detrás de sus lentes de carey. Hemos quedado de compartir con ella un diálogo que pueda leerse en esta revista, a la que ha vestido con sus galas plásticas, librescas, hojarasqueras.

Haremos de esta experiencia hojas sueltas de un árbol imaginario e inmenso, de un libro igual así, como abundan en la sala de exposición donde más o menos nos acomodamos para reafirmar el genio de la artista que por décadas, quizá cuatro, escondió su trabajo constante, y como algunos libros en nuestras bibliotecas de pronto salta de nuevo para azorarnos.

I, lo guardado

"Soy una persona que aprovecha hasta los últimos instantes de su vida para llevar lograr la simplicidad. Estar en casa, apoyar a mis hijos y estar con mis amigos comunicándonos con nuestro trabajo. Quiero seguir produciendo y viviendo como se pueda. Quiero tratar de inventar la vida", como si fuera cualquier cosa nos confiesa al sesgo ese deseo ella, que acaba de cumplir 87 años en septiembre pasado.

"Nunca me he preocupado realmente por la publicidad de mi obra. Hace un año me buscaron Rocío Mireles y Teresa Peyret para participar de su proyecto *Mujeres y Diseño en México,* y ahí empecé a darme cuenta, al sacar todos mis materiales para mostrarles, todo lo que había hecho, porque siempre estoy haciendo cosas y las guardo."

II, lo de adentro

Desde entonces, concientizada por aquellas otras diseñadoras esenciales del mundo editorial, vio la oportunidad de exponerse, de, literalmente, sacar a pasear su taller, inundar El Eco de la hojarasca de sus más de sesenta años de creación.

"El Eco me acoge porque lo conozco desde que Mathias Goeritz era mi maestro. Él pensó este espacio con una escala humana para la creatividad, y mis cosas todas tienen que ver con ese espacio: el espacio arquitectónico, el espacio negativo que es el espacio mismo, me gusta mucho esa relación y por eso sé que quepo en este espacio", nos comparte espiando a su alrededor, siempre oteando su propia obra.

"Goeritz apoyaba mucho que yo fuera indisciplinaria, que no multidisciplinaria. Yo siempre dudaba, al estar estudiando arquitectura, si estaba bien que practicara danza, música, teatro, pues la enseñanza en esos años 60 era tan formal –partenones griegos y







más allá, nunca más acá– me hacía tener grandes dudas. Pero Goeritz siempre me dijo que ése realmente era el camino, así es como una tenía que ser. Mathias impulsaba a expresar lo que uno llevaba dentro, y eso es lo más difícil."

"Ninguno de mis compañeros de la universidad vivía en una realidad que me interesara. Jamás en su vida habían cocinado, porque en su casa todo les hacían, y eran aburridísimos. Las pocas mujeres que acudían a clase, en su gran mayoría iba a buscar marido, y una que otra entendíamos de lo que se trataba hasta que quedé sola con mis amigos arquitectos que se volcaron a las artes", y enumera a Juan José Gurrola, Farnesio de Bernal, Héctor Mendoza, Joaquín Gutiérrez Heras, todos, ella incluida, arquitectos mexicanos de formas inesperadas.

III, lo natural

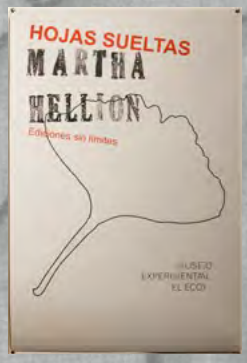
"Mi padre no me educó para hacer dinero. Me educó para tener conocimiento. Y siempre estuve rodeada del periódico, copiando las letras y preguntando cómo sonaban juntas. Y del periódico salté a los libros, que para mí son una caja mágica que al abrirla se desenvuelve, explota de ideas, de miles de objetos, de puro conocimiento", y vuele a voltear a ver el follaje imaginario que nos rodea en su charla.

"Un libro es como un árbol. Las hojas caen del árbol y vuelven a compaginarse para transmitirnos algo. Siempre he estado fascinada por las estructuras de la naturaleza. Entiendo más las estructuras naturales y el comportamiento de los animales que, muchas veces, al humano."

"Yo he buscado la naturaleza siempre. Rodeada, sitiada por la Ciudad vivía ilusionada por tener un jardín y veía en los libros que en Inglaterra y Holanda había una cultura muy arraigada de los jardines y me propuse vivir en esos países.



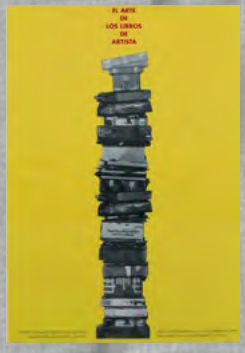
Mi papá, en cuanto supo que tenía sensibilidad para dibujar, me compró todos los posibles colores, pero yo no veía todos aquellos tonos de verde en mi cotidianidad. Esos verdes los fui a conocer en los campos de Inglaterra, adonde fui a trabajar en diseño de museos y acabé estudiando diseño textil."



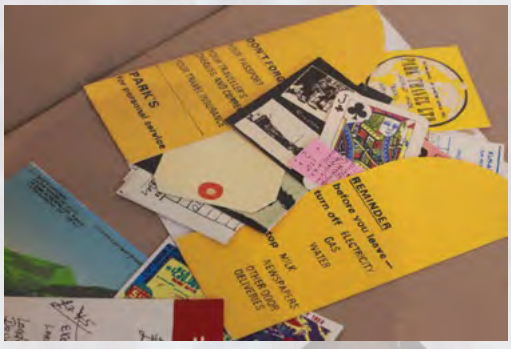
IV, lo mismo

"Y en esa labor, al imprimir todas las matrices en metal y todo aquello que era el quehacer textil, me fui conociendo otras técnicas de impresión, y me di cuenta de que el papel y la tela eran lo mismo. Y otra vez el árbol."

"Por un tiempo hice vestuario de teatro en Londres. Pero rápidamente nos fuimos a vivir al campo y compramos un mimiógrafo de segunda mano para ejercitar técnicas en medio de vacas, caballos y borregos. Aquella casa del campo fue llenándose de amigos, había veces que éramos hasta 30 viviendo juntos, siempre artistas, y fuimos encontrando en la máquina una herramienta de comunicación entre nosotros."



"Empezamos a hacer hojas sueltas, con poesías, experimentábamos con el esténcil para dibujar, y así fuimos armando revistas y pequeños libritos que, luego, sin querer, se les fueron llamando libros de artista. Fuimos los precursores, así sin proponérnoslo, de las residencias de arte, y del concepto de artista editor. De ahí surgió la política de, dándole la espalda a la industria editorial que nos daba la espalda por no ser rentables, hacíamos publicaciones autosuficientes. Yo, que siempre me publico a mí misma, soy una edición limitada."





V, lo disfrutado

Artista viajera como pocas en nuestro país, cuando hablamos de sus varias vueltas al mundo, con alegría se desata: "Tengo la necesidad de ser nómada. Disfruto muchísimo el ser extranjera. De saber cómo funciona, cómo no funciona un país, pero no acabar de pertenecer nunca, y al volver al país que era tuyo llegar con la fortaleza de haber sido extranjera en otro país, de saber el mecanismo de aprender, de trabajar, de existir en condiciones que no te fueron dadas, y conseguirlo. Eso lo he disfrutado mucho."

"Por ejemplo, así me di cuenta que la lengua es una y la misma en todo el mundo. Fueron las condiciones geográficas que la fueron modificando. En Noruega y Suecia, por el frío, cierran los labios, y a medida que esa misma palabra va calentándose, explota en la boca, y eso sólo me lo pudieron dar los viajes."

Como todo, yendo por las ramas, de una u otra forma se conecta, volvemos de los viajes a los libros y su disfrute de hacerlos: "Porque el placer de hojear el libro nunca lo vamos a poder evitar. Ese objeto sólido es único. En mis libros siempre tengo papeles muy especiales, materias diversas, buscando vestirlos de distinta manera siempre a cada uno de ellos. Como las telas con las que visto que siempre ando buscando que sean experiencias. Editar es vestirse."

Martha Hellion
artista visual, editora radical y curadora mexicana, egresada de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

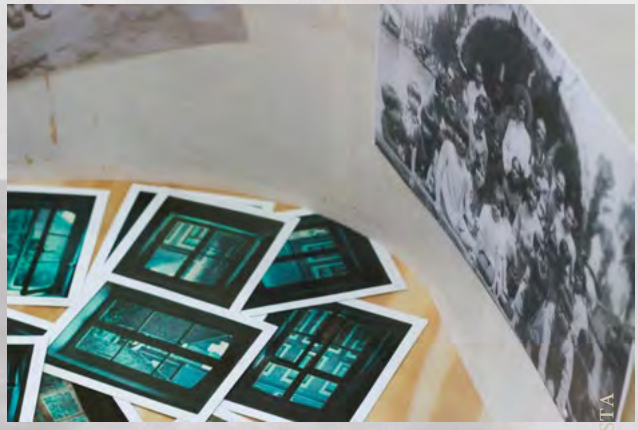
VI, lo hallado

Siempre atentos a su búsqueda, a sus desvíos de mirada por la sala, le pedimos, ante su admiración a la cultura oriental, un juego expresivo: ¿Cómo describirías el cúmulo de tu obra casi en un haikú?

Se queda escuchando en el silencio alguna confesión de otra Martha que pasa a volandas, que cae de otro árbol lentamente, y clara se pronuncia:







"El viento. Las hojas. Y el aire"